

LAS SEIS DE LA MAÑANA

A LUIS ROSALES.

(Luis: Aunque se trata de un poema de amor vivo, sin convenciones, no consigo alejar de mí la incómoda sensación de ser un niño ostentando su versito en tu homenaje. Me temo que nuestra amistad esté demasiado apoyada en tu tolerancia.)

Las seis de la mañana. Hace diez horas
que comenzó la discusión. Y estamos
envejecidos de sufrir. Confusos.
Sin nada que fumar. Encafeinados.
Los ojos con arena. Malheridos
de intentar comprender nuestro pasado,
toda la vida que no fue y quisimos
y nos resulta un angustioso dato
porque no comprendemos. No se ordena.
Y hemos propuesto. Roto. Argumentado.
Y da lo mismo todo. Y las palabras
tienen diez horas de significado
y pesan. No se entienden. Se soportan.
Y el lenguaje es así. Con demasiado
sentido se convierte en desconcierto.
Una torpe cortina. Un abrumado
monólogo incoherente. Un pobre gesto
inútil entre dos desencontrados
tras diez horas de humoso laberinto
en un montón de anécdotas. Cansados
de herir. Herirse. Hablarse. Envenenarse
mientras transcurren los mejores años
de nuestra vida, como dicen. Porque
vivir no es fácil. No. Y hemos optado
por el conocimiento de los hechos
que nos asolan. Hechos enredados
tal vez por nuestra propia resistencia
para aceptar el mundo como un caos
ajeno a las palabras. Y aunque todo
nos impulse a vivir. Y existan sábados

de mejor las visitas. Y haya noches
de mejor ir al cine. Y otros diálogos:
—Es hermosa tu piel. —Los niños quieren
que les juguemos títeres. —Huyamos
hoy prefiero el jamón a los poemas.
—Me gustaría ver al viejo Eduardo,
charlar con él. —Bañémonos hoy juntos.
—«Aquel invierno estuve ensarmentando
la viña de mi abuelo, Eladio López...»
qué poema entrañable como Eladio.
—Hoy la Argentina me obsesiona. —Félix
y Paquita, en verdad, nuestros hermanos...
volvemos tercamente a las palabras.
Volvemos a esta noche de los párrafos
con acidez. Al cruento monosílabo.
Volvemos al rencor inesperado
que gotea en las pausas y que obliga
a decir nuevas frases. Regresamos
de vivir los amigos, mundo, cosas
como si todo aquello fuera falso.
Como si discutir fuese un suceso.
Como si lo demás nos fuera extraño.
Como si la razón de nuestra vida
no fuese convivir, sino explicarnos.

(No es fácil convivir y ser persona.
Quiero decir, los límites exactos
de la filosofía —yo y el otro—
son simplemente esquemas de trabajo.
¿Quién soy yo frente al otro, si en el otro
fundamento mi vida? Mi retrato
—el que supongo mío— es el reflejo
que produce en el otro mi contacto.
Yo me soy. Pero soy a causa de otro.
Me erijo en yo tan sólo de enfrentado.
Tan sólo por defensa irreprimible.
Por angustia. Terrores. Desamparo.
Y resulto el que puedo. El que consigo
ser a través del otro que combato
porque me asusta. Y soy el que desprecio
o se oculta en el otro disfrazado
de adhesión. O procura ser su amigo

en un intento de salvarse en ambos
para habitar el mundo y no sentirse
desconsoladamente solitario
entre aerolitos. Bombas. Terremotos.
Ascensores que caen ululando.

Pero además tampoco soy nosotros
—sociología estéril del rechazo
del individuo y sus complicaciones
que impiden el progreso sin esclavos—
porque el nosotros yo no sé si existe.
O mejor, sólo he visto un despiadado
nosotros: el nosotros insultante.
El nosotros con nombres y contrarios.
El de la caridad bien entendida
que empieza por la casa. Nuestro barrio.
Nosotros, el partido. Nuestra patria.
Nuestra fe. Nuestros símbolos amados.
Nuestra razón. En fin, ese nosotros.
del odio temeroso organizado
que ha dividido el mundo con fusiles
y la gente en los buenos y los malos.
Ese nosotros tan aprovechable
que ya no es útil. Ni siquiera sano
entre aerolitos. Bombas. Terremotos.
Ascensores que caen ululando.)

Amanece. Nosotros persistimos
nafragando en silencio. Innecesarios
ante el amanecer. Desconociéndonos.
Desabridos. Con sueño. Derrotados
por las palabras. Bocas contraídas
que se sienten injustas. Condenados
ante el día que empieza. Ante los hijos
que duermen todavía. Tiernos vástagos
de la literatura rosa: golpes.
Jolgóricos chillidos. Pelotazos
que rompen todo. El mundo de la infancia
igual al nuestro: con violencia. Llanto.
Errores. Miedo. Un mundo de aquelarre
que simplemente crece cada año,
vivir es peligroso siempre. Sólo

que con el tiempo nos resulta claro,
nos damos cuenta, nada más. Seguimos
—parece obcecación— desvencijados
ante los hechos que se vienen: panes
con manteca. Caricias. Más zapatos,
los niños crecen por los pies. Temores
a las enfermedades, nuevos gastos.
Hay que cerrar el gas. Las escaleras,
ojo. Hay epidemias. Preservando
la vida. La llamita nunca firme.
El plumón que consigue desarmarnos,
incómodo bebé. La temblorosa
—cuando la transfusión, puñito atado
a una tablita— vida. Terca vida
sin saber para qué. Desesperados
tal vez porque los niños nos vigilan
y crecen. Y preguntan deslumbrados
por el mundo. Su vida. Por nosotros,
nuestra sabiduría. Y este cuarto
de los misterios incitantes. Este
lugar prohibido: «Gente Trabajando.»
—Por qué la noche triste es la importante.
—Mi noche triste, título de tango.
—Qué elegimos. —No sé, ya no interesa.
—Nos interesa, sí, por eso hablamos.
—Y para qué. —Para encontrar razones,
las razones de hablar también. —Acaso
es miedo a decidir. —No tengo miedo
o si lo tengo es miedo a equivocarnos.
—Alguien se equivocó. —Los dos. —Entonces
ya no tiene importancia. —Hay que hacer algo
pero mejor y juntos: explicarse
lo que nos pasa. —Tardaremos tanto...
—Aunque tardemos toda nuestra vida.
—Coacción. No seamos los juntados.
Eso no justifica nuestra vida.
O los juntos o nada. —O complotados
en torcer las palabras... —Como todos.
—... o vivir sin saber. —Igual que el tango:
«querer sin presentir». —No hablemos de eso,
no hay palabras de amor. Sólo los actos.

—La cama no es amor, ya lo dijimos.
—Un modo de entenderse, dicen. —Vamos,
quieren vivir sin entender. Eligen
cerrar los ojos. —No será tan claro.
—Nosotros elegimos ver. —Nosotros
dijimos que el nosotros es un lazo
que se debe aclarar. —Tú y yo. —Nosotros,
tú y yo, somos dos seres que tratamos
de vivir para dos y ser nosotros
y ser al mismo tiempo un ser humano.
—Amores de estudiante, que le dicen.
—«Amores de estudiante», como el tango.

(¿Qué conocemos bien del sentimiento?
Los antiguos esquemas: dominarlo
que significa reprimir. Temerle.
La superestructura o pobres diablos.
Confundimos palabras: emociones
—la sensación abrupta reaccionando
que desintegra el yo, viejo proyecto
del irracionalismo y los románticos—
con sentimientos. Con desconocidas
razones de conducta. Que negamos
porque nos rompen los motivos nuevos.
Falta bibliografía. Freud y acaso
algunos otros. Poco. Simples notas.
Apenas un principio. Y lamentamos
que no nos unifique el pensamiento.
Que sólo nos reúna el afiebrado
sentimiento nutrido por los símbolos
que usaban trogloditas atrasados
aunque con nueva técnica: el aviso.
Catedrales. Fronteras. Espectáculos.
Y manifestaciones. Los recursos
del Homo Ludens de Huizinga. Insanos
divertimientos: dan para la guerra.
El crimen pasional. Los explotados.
El fanatismo. No hay posibles dudas.
Mejor las negaciones. Nos llenamos
la boca de humanismo. El hombre. El hombre.
Con mayúscula siempre. El homo sabio.
Porque nada se mueve a sentimientos,

con excepción del arte. Los abrazos, mal que nos pese. Toda convivencia de escasa hipocresía. Los remansos en la paternidad. Muchas ventanas abiertas a la risa. Los soldados de las revoluciones. Varias cosas que hacen el mundo más hospitalario. Pascal: «El corazón tiene razones que la razón no entiende.» Confirmamos su existencia. Eso es todo. Decidimos —nos dan miedo las cosas que ignoramos— que no interesan. Son un mecanismo sin importancia frente al aparato de nuestra inteligencia: se equivocan. Nos deprimen. Consiguen desquiciarnos. El pensamiento no. Los pensamientos son perfectos. No están condicionados por la época, lógico. No existen pensamientos que mueren destripados por cualquier lucidez. Parecería que antes de todo hecho razonamos. Que no es primero el miedo, un sentimiento. Que los hechos no son modificados por fuentes imprevistas: la alegría. La piedad. El dolor. El desengaño.)

Ya es de día. La noche no termina. Simplemente se oculta al otro lado del día. Hay mucha noche. Ya sabemos que nada se concluye. Nuestro caso es aplicar el joven pensamiento —conocer y no bien, cómo pensamos llevó unos treinta siglos más o menos— a la cuestión social. Porque intentamos en realidad, urdir la convivencia de mañana. Salir del descabro del hecho y la conciencia y lo que siente cada uno distinto y alejado. Porque el mundo camina. Se transforma, según se dice. Esto ya es un cambio, lo que nos pasa juntos. Todavía no sabemos qué es. Conjeturamos

de acuerdo a nuestro gusto: más justicia.
Más libertad. Más vida. Más humanos,
a lo mejor sucede. Pero el hecho
es que vivimos mundo antiguo. Andamos
por calles medievales. Nos hechiza
el vuelo de los *jets* que no viajamos.
Invertimos el día en alimento
y parte de la noche en completarlo,
porque el hambre persiste. Presentimos
que cuando el mundo estalle atomizado
también estallaremos. La astronáutica
se ocuparía de alguien más nombrado.
Y entonces comprender casi es ridículo
o por lo menos desproporcionado.
Demasiada ambición que dos cabezas
comprendan este mundo. Y arreglarlo,
un propósito absurdo en dos personas
que deben trabajar con un horario
continuo: todo el día. Que eligieron
—viejo derecho— ser los juntos. Trato
que no saben cumplir del todo. Tienen
sólo su pensamiento quebrantado.
Su corta vida pobre. La ignorancia,
el temor de asumir sus desbordados
sentimientos, viejo derecho. Quieren
vivir —viejo derecho— realizados.
Aman a sus cachorros. Y pretenden
que no les duela. Y hablan. Y han pasado
la noche discutiendo. Y ya se vuelven
a sus tareas solos. Restañando,
lamiendo sus heridas. Decididos
a seguir simplemente igual. Usando
su derecho a sufrir. Viejo derecho
que enunciara Fellini. Comprobando
que «la felicidad —viejo derecho—
es decir la verdad sin que haga daño.»

«UNO»

«Si yo soy tu sentido. Si mi vida
justificase tu vivir. Si todos
tus hechos fuesen la piedad. Pañuelos
en mis gripes de angustia. Mis enojos

conmigo. Mi comida sin horarios.
Mi aplicación en nada. Mis antojos
de buscar la verdad, cierto el fracaso.
O el disimulo en besos de mi insomnio.
Si yo soy tu razón y el mundo acaba
con mi vida o mi muerte, estos destrozos
indefectibles que pasamos juntos,
quiero decir, que no parecen solos
algunas veces. Si tu vida es mía,
tú no eres tú ni yo soy yo. Y no somos
un hombre, una mujer, seres humanos
que tratan de vivir juntos del todo
sino la indiferencia del esclavo.
Sino la cobardía hasta el sollozo.

Porque apenas soy límite a tus hechos
de vez en cuando. Alguno de tus modos
de saber que eres tú. De percibirte
tú misma. Tú volviendo de mi rostro.
Tú para ti. Tú libre. Recobrada
de un mundo siempre lleno de cerrojos
para ser. De un estado de desgracia.
De tantas condiciones de despojo.
De tanto descubrir que era imposible.
De tanto comprender que era muy poco.

Y si tu vida tiene algún sentido
no ha de ser esta mía: el seco trozo
de verso que rescato. La afonía
cuando debo decir. El despropósito
que me empeño en pensar. El concentrado
cultivo de la muerte sin asombro.
Y aunque pueda afirmar que estamos juntos
porque también lo quieres. Y el contorno
es un paisaje triste si te alejas.
Y es bueno usar tu casa. Y el retorno
comienza si me marchó, no es renuncia
ni heroica devoción de calabozo.
No es que soy tu sentido. No es que eliges
dejar de ser. Cambiar tu ser por otro.
Tú te propones tú junto conmigo.
Eliges simplemente lo que todos

elegimos: ser uno. Ser tú misma
junto con los demás. No es generoso
ni es sacrificio. Es más difícil. Quieres
vivirte. Serte. Conseguirte a fondo
de la mejor manera. Esa que a veces
suena posible con decir nosotros.

Suena posible como en las esquinas
parece que hay milagros y es el polvo.»

(Palabras. Más palabras, viejo William.
Yo también hago versos. Desmañados
sonetos y caóticos poemas.

Un libro a mi mujer, inacabado.
Con estos seis poemas que transcribo.
«Que haya nacido yo para ordenarlo.»
Al mundo, por supuesto, viejo William.
Y con palabras que no sé y usamos
por puro oficio. Un mal oficio. Artero
oficio de tahúr. Juego de manos
que se empeña en sobrar. El maquillaje
exquisito que quiere disfrazarnos
con una enfermedad de la semántica:
su sentido de más. Un engolado
oficio, viejo William. Triste oficio
en un mundo que juega a los vocablos.
Donde dice razón, léase bombas.
Donde dice vivir, léase en vano.

Palabras, viejo William. Las palabras
que aprendemos de niño, tropezando.
Un tropel de palabras necesarias:
mamá, duele, papá, comida, baño.
Que se embrolla en la escuela, viejo William:
virtud, honor, justicia, ley, pecado.
Un montón de palabras imprecisas.
Las palabras del pronto desengaño
que nos fuerza a leer los grandes libros
en busca de un mejor significado
de dos o tres apenas: yo, nosotros,
libertad, que después nos encontramos
no caben en los hechos, viejo William.

Resultan un complot de abecedario.
Una suma algebraica delirante.
Palabras, viejo William. Lea el diario.
Palabras desastrosas. Palabritas
buenas para morir: defensa. Pacto.
Dividendo. Escalada. Raza. Muro.
Lavado de cerebro. Diccionario
que no sirve de noche. Entre personas
que viven. Están vivas deseando
vivir en serio, viejo William. Vivas
ante los hechos desencadenados
y ante palabras muertas y asesinas.
Palabras, viejo William. Qué esperamos.)

«DOS»

«Cuando acontece aburrimiento. Frío.
Atenta indiferencia. Lejanía
con sordos pensamientos que volvemos
—si nos preguntan— nada distraída,
me preocupan los cuerpos. Nuestros cuerpos
que parecen quererse. Lo que harían
si el deseo acabase. Si el deseo
—no el amor, no la gran cursilería—
cesara. Si estas ansias de estar juntos
la más tú y el más yo, que desafían
lo que se puede en general, murieran,
qué haríamos. Qué tú, qué yo serían
los cuerpos, nuestros cuerpos, cuando todo
—discutir, revolver, darnos cerillas—
fuera un estar demás. Una paciencia
deviniendo carácter de porfía.
De grotesca elección. De sacrificio
atemperado con la cobardía
de vivir porque sí. De consolarnos
con cualquier indigencia compasiva.
Me preocupa saber si el cuerpo logra
salvar lo que no pudo nuestra vida.

Yo conozco tu cuerpo. Esto que toco
y beso. Tu concreta anatomía.
Y mi cuerpo también. Cuerpos que se aman
en la piel. Por la piel que se anoticia

de la piel. Por la piel que nos desnuda
con su propia apetencia de caricias.
Su estremecido afán. Su ardiente juego
de gestos anhelantes que se alían.
Su saber compartirse. Su encontrarse
detrás de la piedad y la rutina.
Reconciliados con nosotros mismos.
Entrándonos al sueño en compañía.

Nuestros cuerpos que inventan las palabras
cada vez que se quieren. Las precisas
palabras que vivir. Esas palabras
para nombrar lo que nos pasa: trilla.
Azúcar. Catedral. Esas palabras
que nos somos en cuerpo: melodía.
Universo. Jardín. Tantas palabras
que a veces nos destrozan: alegría.
Sobre todo alegría. Sobre todo
la siempre poca yéndose alegría.

Conozco nuestros cuerpos. El milagro
que se puede explicar pero que olvida.
Porque además conozco que otros cuerpos
existen. Que el milagro se realiza
con cada cuerpo casi siempre. En cada
hombre o mujer que besan. Ocurría
antes de conocerte. Cuando alguna
mujer —no era el amor— me sucedía.
Quiero decir, en cuanto los afanes
al llegar a la piel se definían
por ellos mismos en el otro. Solos.
Sin pretensiones de cortesanía.
Porque el milagro de la piel opera
con su propia tenaz sabiduría
más allá del amor. Entre las cosas
que se le dan al hombre cierto día.

Y entonces, aunque hallemos la desgracia
juntos. Aunque rompamos lo que había
juntos. Aunque tal vez no alcance el tiempo
juntos. Aunque sigamos esta viva
desilusión de tantas cosas juntos,

no es por los cuerpos. No es fisiología tan sólo. No es pobreza. No es el rito, pesada eternidad. No es la mentira que le llaman amor. Y aunque sepamos acaso mucho menos: que peligran un poco más los actos. Nos esperan menos puertas en caso de agonía. Casi ninguna redención. Apenas si lealtad y angustia, todavía es posible que hallemos otra causa. Un deseo más nuestro. Una sencilla noción en que apoyarnos: la certeza de que tampoco el cuerpo nos explica.»

«TRES»

«No nos unen los hijos. Nuestros hijos. O tus hijos, mejor. Porque tu cuerpo los hizo. Los creció. Les dabas aire. Temperatura. Sangre. Calma. Tiempo. Y pensabas sus rostros. Te enfermaban. Temías no supieras cómo hacerlos completamente. Entonces suponías —aquí está la cabeza, aquí los miembros— geografiándote el vientre. Obsesionada por cosas que te estaban ocurriendo sin ti. Porque de pronto se te usaba para agrandar el mundo. El sufrimiento posible. El hambre injusta. Los soldados acaso o las mujeres. Presintiendo que todo era más fácil o difícil. Extrañada de ti. Vuelta tu objeto hasta que un día —día de tu sangre, el día de tú sola, el más superfluo de mis días también— nacía el hijo. Tus hijos. Hijos tuyos. De tu riesgo. Tuyo, pero no obstante, sin nosotros. Tuyo pero de sí. Tuyo sabiendo que no son para ti. Que ya son otros seres por sí que no conocen dueños. Que puedan reprocharnos por la vida que nuestra voluntad les dio. Y que el precio de ser padre es deber. Deberle al hijo

las razones. El pan. Cada proceso
que le cambie la voz. Lo vuelva amargo.
Lo edifique de hombre. Le haga ceño.
Hasta un día más triste. Hasta que aprenda
que estar vivo no da ningún derecho.

No. Los hijos no unen ni separan.
Simplemente nos tienen. Nos nacieron
después de que quisimos. Entre abrazos
que eran para nosotros. Entre besos
a cuenta del instante. Y si han nacido
después, fue por nosotros. Por creernos
con cierta inclinación a los servicios
que le llaman ser padre: protegerlos
sin trocar su ignorancia en cobardía.
Hacer hoy el mañana. Darles hechos
y algunos libros. Comprensión. Memorias
que no resulten demasiado infierno.
Para mostrarles barcos. Alegrías.
No mentirles jamás. Oír primero
y no pedirles nada a cambio. Amarles
sencillamente. Amarles sin espejos.
Cuando lo necesiten. Estrecharlos
en cada oscuridad. Verles creciendo,
lo que tanto les gusta. Conocerles
el horror. La ilusión. Los desencuentros.
Amarles porque siempre crecen solos.
Amar su libertad. Dejarlos ellos
sin otra obligación que ser. Sin nada
que unir. Ni que pedir. Ni odiar. Sintiendo
que su vida es su oficio. Que bastante
tienen con su vivir. Y sin siniestros
percances en su historia. Sin la angustia
de asfixiar nuestra vida. De que estemos
matrimoniando el frío. Estando juntos
para urdirles un mal descubrimiento.
El torvo día indefectible. El día
que se vuelven mentira los recuerdos
y ya nada es verdad. No. No nos unen
los hijos, ciertamente. Los tenemos
y nos tienen. Es todo. Estamos juntos
para nosotros. Por nosotros. Bueno

será que si nos miran tristemente
no se sientan culpables, por lo menos.»

«CUATRO»

«Si alguno se muriese —pienso— el otro
seguiría con vida. Su manera
de ver. Su ocupación empecinada
de continuar su nombre. Tú, la terca
vocación de alegría un poco menos.
Yo con la angustia más en ti. Serena
lo mismo tu mirada, aunque más honda.
Más rebelde y en vano mi cabeza.
Con más dolor los dos. Pero sin cambios
los gestos. Cuanto somos. Las respuestas.

(No importa el más allá para estar juntos.
Sólo en vida es posible. Las promesas
—esa piedad estéril y confusa
de perfección— separan. Nos alejan
uno del otro. Al cielo o al infierno.
A un dios o a los regresos. A la tierra
o al llamado infinito. Nos separan.
Nos obligan a uno. Parecieran
una venganza sórdida. La injuria
que todo lo que duele nos despierta.
Como estar juntos. Como nuestra vida,
esta elección fallida de una fiesta.)

Se morirán también nuestras costumbres.
Las mantenidas juntos. Primaveras
revolviendo las calles. Monumentos
que usábamos de cita. Las carpetas
con mapas para viajes con los dedos.
Esas ocupaciones en pareja
que nacen compartidas. Por los modos
que tenemos de ser. La coincidencia
de besarnos de pronto en los museos
por pura vida. Reinventar secretas
historias de la gente. No serían
estas costumbres —pienso— verdaderas
con otro. Morirían con el muerto,
agotado el sentido. Otra presencia

daría otras costumbres. O es posible que por celos u horror no se quisieran iguales. Por rencor tal vez. Sabemos que no vive lo mismo el que recuerda.

(Es de noche. Estás lejos. Nos desune el más acá. La sombra. Y la certeza —siempre de no, siempre de no— que duele mucho más en la noche. No hay sorpresas parece: nos morimos. Nos sépan los ojos y la muerte. Nada resta de vivir tanto juntos. Estos versos los hago simplemente como prueba de que existimos una noche. Estábamos en el mundo. En el tiempo. En la tristeza.)

Acaso yo exagere. O esta angustia me dicte lo que afirmo. Acaso sean su máscara estas voces. Sin embargo —siempre de no, siempre de no—, nos queda la realidad: si alguno se muriese otras costumbres crecerían nuevas. El otro de pretexto: las visitas al polvo. Los retratos. Las anécdotas del espanto de uno. Lo construido sin mirar para adentro. La miseria de nuestra condición. Ir descubriendo que el otro en nuestro olvido se disgrega. Que se muere el nosotros. Lo matamos por querer retenerlo. De belleza tal vez. De compasión. De olvido siempre. De olvido sin cesar. De vida nuestra porque el olvido es la salud. La práctica normalidad del hombre y no es problema.»

«CINCO»

«A veces me conmueves, me desarman las razones que encuentras en tus besos. Tu convicción de amarme. Tu ternura a pesar de mí mismo. Tu misterio de que exista el amor, esa palabra que resulta vacía cuando pienso.

Porque tú me elegiste a mí. No al triste destino que te doy. No al sufrimiento. No cosas que olvidar. No tiempo inmóvil donde transcurre el desengaño. El tedio. Otras mujeres. Hambre. Malas noches. Dinero que pedir. No estos recuerdos que ya no odiamos casi. Mi costumbre de amarte para ahogar remordimientos.

(Yo pudiera culpar otros. Personas que existen y yo sufro. Ponen preso a quien usa la boca. Nos incluyen en los padrones. Se suponen serios. Dan que hablar. Dan horror. Tienen justicia. Modos de pago. Convicciones. Precio. En fin, sirven al mundo que vivimos. El mejor de los mundos. Tan perfecto que no alcanzan las lágrimas y todo comienza por no ser. Los bombardeos son mensajes de paz. Los propios ojos aconsejan no ver. Y el desconcierto es sólo —así nos dicen— egoísmo. Los sutiles refugios de un enfermo. Pero en verdad también me sé. Conozco que me elegiste. Y elegí sabiendo.)

Y si yo no me escapo. Si razono para ti y para mí. Si no es un juego de artera vanidad esta conciencia. Si me preocupan cosas y no versos donde se admire mi sufrir, entonces tan sólo tu dolor es verdadero. Tan sólo me soportas por ceguera. Tan sólo soy un pobre ser grotesco. Un ser que no elegiste. Ser inútil complacido en usarte como objeto. Como excusa de sí. Que se deleita en torturarse dándote tormento.

(Acaso esto que digo se proponga una sutil manera de cortejo. De asegurarme impunidad. De atarte

al tortuoso vaivén de mi desprecio
por mis actos. La estéril arrogancia
de fabricar sin fe mi desconsuelo.
De sublevarme en frío. De matarme
parsimoniosamente ante un espejo.)

Pero me besas y no sé. Me aturdo.
Se derrumba este insomne torcimiento
de una verdad que nunca es. Y acaso
todo sea más fácil. Más directo.
Con menos libros. Tontería. Orgullo.
Sin tanta reflexión ni tanto miedo
de ser un hombre simple. Y todo sea
que me quieras no más. Y que te quiero.»

«SEIS»

«Hubo un tiempo en que anduve con palabras
como si lo entendiera. Sucedían
poemas para ti. Trataba cosas
afirmando el amor. Eran los días
de estar enamorado. Aquellos tiempos
de poemas creyendo que decía:

*Y serás mía como el agua es mía,
a sorbos besos, tragos de caricias.*

*Mi pan será tu pan. Mi voz tu nombre.
Mi libertad la casa compartida.*

Entonces eran justas las palabras,
quiero decir, significaban: risa.
Pan. Libertad. Razón. Todo era cierto.
Bastaba con nombrar y acontecía.
Por ejemplo, mañana. Por ejemplo
piedad o solución. El mundo había
comenzado conmigo. El mundo estaba
conmigo. Para mí. Era. Servía.

*Nuestro quehacer será lo que no hicimos.
Salir y entrar sin plazos de familia.*

*Regalar nuestra ropa. No callarnos.
Hacerles qué dirán a las vecinas.*

Pero es que solamente con palabras
—con pizcas de vacío— convivía.
Amor era un espejo. Amada un título.
Hombre un lugar común. Angustia, rima.
Pensaba sin mirar. Especulaba
con tantas cosas como no sabía.
Con falsas cosas: las palabras. Viento.
Menos aún: esquemas de mentiras.

*Desmenuzando el tiempo a cuatro manos
la vida irá, sucesos margarita.*

*Los pañales capullo. Los entierros
de los muertos hundidos sin heridas.*

*Ir aprendiendo nuestra muerte cierta
mientras la piel de trigo se hace harina.*

*Que en el otoño se madura el bronce
y que el invierno es primavera ardida.*

*Con el amor, el hombre se hace árbol.
Pero hasta el viento entre su pecho anida.*

Después viví. Me fui mezclando al mundo.
Los hijos de verdad. El pan. La clínica
que siempre nos sorprende. La conciencia
de que llegamos tarde a las esquinas
por donde pasa todo y para nada.
Vi que la gente calla. Vi la huida
de las palabras en los actos. Y hechos
que ocurren simplemente sin salida.
Que no hay un puede ser. Que únicamente
hay vivir. Enfrentar la propia ruina.

*Hay otro puede ser. Volverme horario.
Brújula roma. Cuotas guillotina.*

*Alambrarme de objetos con objeto.
La mesa tribunal. Leer en sillas.*

*Fabricarme una risa por dinero.
Reservarte un destino de cocina.*

*Y descubrir que somos dos personas
piel contra piel, la calavera erguida.*

Después supe que nada nos ocurre.
O bien ocurre todo. Pero asfixian
de verdad otros hechos. Este mundo
organizado para la injusticia.
Este mundo tan viejo que comienza
entre muertos de más. Con elegías
que ya no sirven. Con ideas claras
para morir o para odiar. Con frías
amarguras sin nombre: que se luche
por ser nosotros mismos cada día.
Que no alcance la mesa. Que las casas
regresen a cavernas con cortinas.
Supe, además, la lucha: que es preciso
no rendirse y no ser. Y que la dicha
no existe. Es un vocablo sin sentido.
Y sólo hay que desear poca agonía.
Una porción concreta de las cosas:
este beso. Este hijo. Esta alegría.

*Pero esto no será, silbo del cielo.
Sangre aventura. Pulsos rebeldía.*

*Como no estás conmigo, están las dudas.
Soy cartero de Dios. Un hombre espiga*

*y no entiendo vivir, mujer pañuelo.
Soy tierra suelta al aire que tú guías.*

*Pero me doy a ti. Tuyo es mañana.
Y que en mi corazón mi voz te siga.*

Ahora compartimos lo posible.
Vivir. Seguir viviendo las orillas
de la felicidad. La luz. El mundo.

Las palabras famosas que utilizan
los grandes libros. Proseguir viviendo
ahora. El más ahora que marchita.
Gasta. Ensombrece. Quiebra. Desengaña.
Sin más heroicidad que la oficina
ni más resignación que los recuerdos.
Vivir. Morirnos solos en familia.
Hacernos responsables. Resolvernó.
Abrir ventanas. Desdoblar rodillas.
Elegir. Olvidar. Ser dos. Estarnos.
Nuestra protesta es continuar la vida.»

JOSE ALBERTO SANTIAGO